

SABRINA FERRIES

Lord peligroso

TRILOGÍA DE LOS LORES III

TERCIOPELO

Lord Peligroso



Lord Peligroso

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



Título original: *The Dangerous Lord*
Copyright © 2000 by Deborah Martin Gonzales

Primera edición: junio de 2009

© de la traducción: Iolanda Rabascall
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-21-0
Depósito legal: B. 19.544-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Felicity no sabía cuán peligroso podía ser él...

Para evitar que una amiga se case con Ian Lennard, el ignominioso vizconde de Saint Clair, Felicity Taylor decide revelar el turbio pasado de Lennard en la columna de cotilleos que escribe de forma periódica y anónima para un diario de Londres. Sin embargo, la desafortunada no podrá ni imaginar la incontenible furia que su acción desatará en Saint Clair cuando este alevoso truhán —desesperado por tener un heredero— se entere de que acaba de quedarse sin prometida. La sorpresa no se hará esperar, ya que esta vez el astuto lord pondrá sus ojos precisamente en... ¡ella! Amenazada con ser desenmascarada y desacreditada ante la sociedad entera, ¿qué alternativa le queda si no es casarse con él?

... hasta que se casó con él

Una esposa era meramente una necesidad para asegurar su fortuna, o al menos eso era lo que Ian creía hasta que conoció a Felicity. Sin embargo, esa fémina audaz se asemeja a él tanto en ingenio como en pasión... aunque se comporte como una fierecilla indomable. Sus férvidos besos y sus tiernas caricias lo tientan a confiar en ella y a abrirle el corazón, mas Ian es plenamente consciente de que los secretos que guarda con tanto celo podrían apartarla para siempre de su lado. Por ello, nada resultaría más inadecuado que enamorarse de su nueva e indómita prometida.

Una de las mejores escritoras en el género de la novela romántica del panorama actual.

Rexanne Becnel, autora de *The Bride of Rosecliffe*.

A Rexanne, sin la que este libro no habría sido posible.

Capítulo uno

La libertad de prensa es el segundo privilegio más importante que posee el pueblo inglés y debería de ser defendido aún cuando los resultados nos parezcan alarmantes, ya que la alarma induce a la reforma, y la habilidad de reformar la sociedad es el primer y principal privilegio del pueblo inglés.

The Evening Gazette, 5 de diciembre de 1820
LORD X

Diciembre de 1820, Londres, Inglaterra

Algún mentecato estaba nuevamente difundiendo rumores infundados sobre su persona.

Ian Lennard, el vizconde de Saint Clair, llegó a esa conclusión en el momento en que pisó el club de caballeros del que era socio y el portero lo recibió con un guiño de complicidad y murmuró: «Enhorabuena, milord», mientras cogía su abrigo.

Por el amor de dios, el portero sombrío del club Brooks le había guiñado el ojo. ¡Le había guiñado el ojo! Puesto que no esperaba ninguna felicitación, Ian supuso lo peor. Miró con recelo a ambos lados mientras recorría el amplio pasillo con las paredes suntuosamente forradas de tela hasta la sala de lectura, donde había quedado con su amigo Jordan, el conde de Blackmore. De repente se le ocurrió una idea que lo tranquilizó: quizá el portero había empinado el codo más de la cuenta y simplemente lo había confundido con otro miembro del club.

Pero en ese mismo instante, un grupo de caballeros a los que apenas conocía interrumpió su conversación para felicitarlo. Los comentarios: «¿Quién es la elegida?» y «Así que lo ha vuelto a hacer, ¿verdad? ¡Menudo bribón!» llegaron acompañados de más guiños de connivencia. No era posible que todos lo estuvieran confundiendo con otra persona.

Resopló con desgana. ¡Sólo Dios sabía qué cuento se habrían inventado esta vez acerca de él! Hasta ese momento había oído las historias más inverosímiles, aunque su favorita era la que lo ensalzaba a la altura de un héroe por rescatar a la hija del rey de España del escondite de unos piratas berberiscos a los que había derrotado él solito con una pasmosa facilidad, y el cuento concluía proclamando que su hazaña le había reportado una fabulosa mansión en Madrid a modo de recompensa. Por supuesto, el rey de España no tenía ninguna hija —ni legítima ni ilegítima—, e Ian jamás se había topado con ningún pirata de Berbería. La única verdad en toda esa increíble patraña era que una vez Ian había tenido el honor de ser presentado al rey de España y que la familia de su madre poseía una mansión en Madrid.

Pero los chismes, por su propia naturaleza, no requerían apoyarse en ninguna base verídica, así que negarlos carecía de sentido. ¿Por qué iba alguien a querer creerlo cuando la calumnia era mucho más fascinante que la realidad? Consecuentemente, en dichos casos Ian se limitaba a ofrecer su típica respuesta: una afirmación ambigua y una mirada burlona cuyo objetivo era desembarazarse de los ilusos y de los curiosos.

Prácticamente ya había llegado a la sala de lectura cuando el duque de Pelham lo asaltó a traición.

—Buenas noches, mi querido viejo amigo —lo saludó el orondo lord con un inusitado tono desenfadado—. Precisamente lo estaba buscando para invitarlo a una pequeña cena que voy a ofrecer mañana en mi casa; sólo se tratará de usted y de unos pocos caballeros más con sus enamoradas. Ah, y no olvide venir con su nueva querida; me muero de ganas de conocerla.

Ian clavó la vista en los zapatos de ese aborrecible tipo.

—¿Mi nueva querida?

Pelham le propinó un codazo amistoso.

—Ya no tiene sentido que intente ocultar la identidad de esa mujer, Saint Clair. El gato —¿o quizá debería decir «la ga-

tita»?— se ha escapado del saco, y todo el mundo quiere conocerla para saber hasta qué punto lo tiene encandilado.

¿Una querida? ¿Ése era el rumor? ¡Vaya! ¡Qué decepción! ¡Por lo menos esta vez podrían haberlo encumbrado a la altura de un legendario saltador de caminos!

—Mire, Pelham, le aseguro que cuando tenga una nueva querida aceptaré llevarla a una de sus cenas, pero hasta entonces me veo obligado a declinar la invitación. Y ahora, si me disculpa, tengo una cita.

Ian dejó atrás al duque pasmado con la boca abierta y aceleró el paso hacia la sala de lectura. ¡Una querida! ¡Pero si ni tan sólo recordaba la última vez que había tenido una querida! Desde luego, eso había sido mucho antes de regresar a Inglaterra, antes de verse forzado a buscar esposa.

Aunque tampoco era que no pudiera conseguir una amante si se lo propusiera, pero prefería concentrar todas sus energías en el cortejo formal de una fémina sin tener que soportar los ataques de celos de la que sería su futura esposa. Probablemente Pelham no era capaz de comprender esa reflexión, puesto que el principal objetivo de ese elemento en la vida era acostarse con tantas vírgenes como fuera posible. Ese tipo era un cerdo.

Entró en la sala de lectura y distinguió de inmediato el pelo cobrizo de Jordan, que destacaba como una baliza sobre la butaca de tela adamascada oscura ubicada al lado de una consola de madera de caoba. Su amigo estaba sentado cómodamente, leyendo un periódico. Ian se dejó caer en la silla que había frente a la butaca y eligió un puro de la cigarrera, con el único deseo de pasar una agradable velada, fumando y leyendo la prensa, y departiendo con su mejor amigo.

Mientras cortaba la punta del puro, Jordan levantó la vista.

—¡Ah! ¡Por fin estás aquí! Me preguntaba qué era lo que te demoraba tanto. Tengo una terrible curiosidad por saber qué es lo que ha sucedido. Dime, ¿ha aceptado ella? ¿Debo felicitarte?

Por un segundo, Ian pensó que Jordan se refería a los rumores de su querida, pero entonces se acordó.

—¿Te refieres a Katherine?

—Claro, la hija de sir Richard Hastings, ¿a quién pensabas que me refería? ¿Acaso te has declarado a alguna otra mujer en estos últimos días?

Ian sonrió.

—No, sólo a Katherine. Con una basta, ¿no crees?

—¿Así que hay boda o no?

—Todavía no lo hemos concertado.

Jordan achicó los ojos.

—Supongo que esa muchacha no habrá sido capaz de rechazarte.

—No exactamente. —Ian encendió el puro con la llama de una vela próxima e inhaló con fuerza—. Ha recurrido a esa vieja táctica femenina de solicitarme un poco de tiempo para considerar mi propuesta, lo cual probablemente haya sido idea de lady Hastings. Esa mujer es un tiburón embutido en una falda; lo único que desea es conseguir un buen partido para su hija obligándola a actuar como una insufrible mojígata. Me dio pena ver a Katherine tartamudear, intentando decirme que tenía que considerar la propuesta.

—Perdona que te lo diga —lo interrumpió Jordan— pero no comprendo qué es lo que le ves a esa muchacha. Es sosa a morir, aburrida y timorata. No fue capaz de dirigirme ni dos palabras seguidas cuando nos presentaron. Y es obvio que no te casas con ella por su insignificante fortuna, ni por sus amistades, puesto que su padre es un simple *baronet*.

Ian ahogó una risotada.

—Ya veo por dónde vas, te refieres a si estoy enamorado, ¿no? Mira, no busco amor, sólo quiero una esposa. A pesar de tu experiencia inusual, normalmente estos dos conceptos no van unidos. Todo lo que busco es una esposa respetable y que sea buena persona.

Lo cierto era que lo último que Ian necesitaba era una joven hermosa y fascinante, capaz de seducir a cualquier hombre. Ya le costaba mucho no despreciarse a sí mismo por verse obligado a arrastrar a una mujer hasta una situación familiar tan complicada.

Al menos se sentía reconfortado al pensar que quien se casara con él obtendría algo que no había tenido antes.

—Bueno, ya sabes que la señorita Hastings no te rechazará. Demostraría ser una verdadera idiota si se atreviera a hacerlo —remachó Jordan mientras retomaba la lectura del diario que sostenía entre las manos.

—Sí —asintió Ian, aunque casi deseaba que ella lo rechazara. No le apetecía en absoluto casarse.

«Tampoco se trata de si me apetece o no; esa chica encaja en mis propósitos y punto», se recordó a sí mismo.

Si al menos ella no se mostrara tan tímida cuando él la miraba... ni saltara como un conejito asustado cuando él hablaba. Ian sabía por qué reaccionaba así; los rumores sobre su persona hacían que se sintiera comprensiblemente incómoda con él. Pero su descomunal cohibición lo sacaba de quicio. Bueno, seguramente cuando estuvieran casados y ella lo conociera mejor, se relajaría. Y con el paso del tiempo, él también aprendería a soportar su timidez.

De repente, Jordan lanzó un bufido y acercó el diario a la cara para examinarlo con más detenimiento.

—Espero que la señorita Hastings no sea celosa, o quizá sí que finalmente se atreva a rechazarte.

—¿Por qué lo dices? —Ian soltó una bocanada de humo.

—En esta columna afirman que hace más de un año que tienes una querida.

—¿Columna? ¿En el diario? Me estás gastando una broma, ¿no?

—De ningún modo; hablo en serio. —Jordan alzó el periódico—. Mira, aparece aquí, en *The Evening Gazette*.

—¡Santo cielo! ¿Pero de dónde sacan esas patrañas? —Los ojos de Ian se achicaron como un par de rendijas—. Eso explica por qué algunos me han felicitado esta noche. A ver, déjame leerlo.

Jordan le pasó el diario.

—Es la columna que lleva por título: «Secretos de sociedad», ya sabes, los cotilleos de la alta sociedad que escribe un tal Lord X.

—Nunca leo la columna de Lord X. —Ian apenas tenía tiempo de leer las noticias cada día, así que menos aún para perder el rato leyendo los chismes que un sujeto anónimo escribía en un diario tan sensacionalista como *The Evening Gazette*. Asíó el periódico al tiempo que comentaba—: Me sorprende que tú leas esta bazofia.

Jordan se encogió de hombros.

—Me divierte el sentido del humor que muestra ese perio-

dista anónimo. Además, alguna gente a la que ataca se merece una buena crítica.

—Incluido yo, supongo —concluyó Ian con sequedad mientras echaba una ojeada a la página.

—No, hombre; el periodista se limita a halagar el buen gusto que demuestras al elegir mujeres.

—Eso está por ver.

Hablar acerca de la vida privada de algunos personajes era un hábito normal en la prensa, pero se comentaba que Lord X era un adepto a esa práctica. No se le escapaba ningún chismorre sobre la prensa rosa y el corazón; nada era demasiado privado para él. No sólo había basado su profesión en la exposición de las extravagancias de los miembros de la alta sociedad, sino que además parecía divertirse de lo lindo con ese trabajo. Pero claro, era fácil expresar lo que uno pensaba cuando lo hacía de un modo anónimo.

Sintiéndose preso de una terrible impaciencia, Ian saltó los párrafos en los que Lord X se dedicaba a moralizar sobre la prensa, sus comentarios acerca del escándalo en la casa de lady Minnot y su crítica implacable sobre los excesos del conde de Bentley, cuya suntuosa nueva mansión suponía una «abominación en esa era en que las viudas de los soldados se morían de hambre». Entonces se fijó en su nombre:

A pesar de los numerosos rumores referentes a los seis años que el vizconde de Saint Clair ha permanecido ausente de Inglaterra, el caballero mantiene tan celosamente ocultos sus idilios amorosos que nadie sabe nada acerca de sus amantes. Por eso, vuestro fiel colaborador se quedó francamente sorprendido al ver al vizconde entrar en una casa en Waltham Street acompañado por una bella y misteriosa mujer. Tras realizar las investigaciones pertinentes, he descubierto que el dueño de la casa es el propio vizconde, y que esa dama reside allí desde hace prácticamente un año. Otros caballeros se jactarían de tal tesoro, en cambio lord Saint Clair oculta a su amante, lo cual sólo demuestra que la discreción es indudablemente una de sus mejores virtudes.

Ian volvió a leer la noticia; las palabras le taladraban la cabeza. ¡Maldición! Waltham Street. Debería de haberse figu-

rado que al hablar de su «amante» todos se referían en realidad a la señorita Greenaway.

¿Pero cómo había descubierto Lord X lo de esa mujer, y qué era lo que realmente sabía? ¿La había interrogado? Aunque probablemente ella no estuviera dispuesta a revelar nada, los periodistas de la calaña de Lord X podían ser muy persuasivos. Ian tendría que hablar con ella inmediatamente para asegurarse de que tenía cuidado con lo que contaba a desconocidos.

Alzó la cara súbitamente y vio a Jordan que lo miraba con una ostensible curiosidad.

—¿Y bien? ¿Quién es ella?

Lentamente, Ian arrancó la página del periódico, la dobló por la mitad y se la guardó en el bolsillo.

—Te diré lo que no es: no es mi querida. Lord X se equivoca.

Pero Ian no pensaba tolerar calumnias de ese tipo. Si Lord X sabía lo de Waltham Street, probablemente sabría otras cosas, y antes de que las revelara en su abominable columna, Ian estaba dispuesto a detenerlo.

—¿Pero es verdad que posees una casa en Waltham Street? —inquirió Jordan, intrigado.

Por un momento, Ian sintió deseos de contestarle a su amigo que eso no era de su incumbencia, pero sabía que entonces lo único que conseguiría sería despertar más la curiosidad de Jordan.

—Tengo una casa en Waltham Street, pero no para los fines que ese Lord X sugiere. Se la he dejado prestada a una amiga de la familia que está atravesando unos momentos muy difíciles, nada más.

—¿De verdad?

—De verdad —contestó sin parpadear—. Ese rumor es infundado.

Jordan se volvió a recostar en la butaca y cruzó los brazos encima del pecho.

—Y esa amiga de la familia... ¿es tan bella como Lord X sostiene?

—¿Por qué lo preguntas? —espetó él, airado.

Un destello malicioso emanó de los ojos de Jordan.

—Porque eso explicaría tu falta de interés por el atractivo

físico de la señorita Hastings. Si tienes una bella amante oculta...

—¡Maldita sea, Jordan! ¿Es que no me has oído?

—Lo siento, mi querido amigo, pero no me trago eso de que uno esté dispuesto a ayudar a una bella mujer que atraviesa una etapa difícil ofreciéndole cobijo en una de las casas que posee en el barrio más suntuoso de la ciudad.

—No espero que lo comprendas. —Ian apagó el puro visiblemente irritado—. Te falta madera noble.

—Mi esposa disientiría contigo en esa aseveración —rebatía Jordan, con una sonrisita maliciosa.

—¿Ah, sí? Pues si no recuerdo mal, casi echaste a perder su reputación durante las primeras semanas que la conociste, y pasaste por alto todas mis objeciones. Sólo cuando te diste cuenta de las tonterías que estabas cometiendo, decidiste casarte con ella.

Con una mirada fulminante, Jordan abrió la boca para replicar, pero acto seguido la cerró y escrutó a Ian.

—Oh, sí, claro, ya veo lo que pretendes: estás intentando desviar mi atención del tema que nos ocupa.

—No es verdad. —Eso era realmente lo que había intentado, y la táctica normalmente funcionaba con Jordan, cuyo temperamento estallaba ante la más leve provocación. Jordan jamás se había visto forzado a aprender de los peligros que se derivaban de un temperamento indomable, tal y como le había tocado hacer a Ian—. Además, te lo repito: no es mi amante.

—Pues Lord X afirma que sí que lo es.

—Lord X es un botarate. Tendré que hablar con ese miserable para que deje de ultrajar a mi amiga públicamente. —Su voz adoptó un tono más duro—. Sé cómo tratar a los de su calaña.

—Eso si eres capaz de desenmascararlo. —Jordan rebuscó en la cigarrera—. Nadie conoce su verdadera identidad.

—Alguien ha de saberlo. Normalmente suele haber un confidente, un criado o un familiar que puede aportar pistas. Y seguramente corren rumores...

—Siempre hay rumores. —Jordan apartó un puro y eligió otro—. Se habla de Pollock, a pesar de que ambos sabemos que ese sujeto no tiene agallas para hacer algo así. Alguien ha su-

gerido a Walter Scott, pero no hay nadie que lo sepa a ciencia cierta. Lord X sabe cómo mantener el anonimato.

—De eso no me cabe la menor duda —remachó Ian con sequedad—. Si no, uno de sus enemigos le podría cortar esa lengua tan afilada en un callejón oscuro cuando menos se lo esperase.

Jordan lo miró fijamente a los ojos.

—¿Eso es lo que piensas hacer?

Ian se echó a reír.

—¿Cortarle la lengua? ¿Y qué haría con ella después? Dudo que haya ningún carnicero dispuesto a pagar bien por una lengua tan chismosa. —Cuando la única reacción de Jordan fue esbozar una leve sonrisa y dar una calada nerviosa al puro que acababa de encender, Ian se lo quedó mirando atónito—. ¡Por Dios! ¿Lo has preguntado en serio?

Desde que Ian había regresado a Inglaterra, el abismo que lo separaba de su amigo de la infancia se iba expandiendo más y más cada día que pasaba. De repente, se sintió indignado.

—¿De veras piensas que sería capaz de cortarle la lengua sólo porque ha escrito esas tonterías sobre mí?

—No, claro que no. —Jordan se encogió de hombros—. Lo siento; son todos esos estúpidos rumores que circulan sobre ti y tu pasado tan sanguinario... De verdad, lo siento, pero es que siempre olvido que únicamente se trata de sandeces...

—Sí, eso es: sandeces. —Al menos algunos de los comentarios. Pero no estaba dispuesto a hablar sobre «su pasado tan sanguinario» con su mejor amigo. Eso sí que realmente agrandaría el abismo entre ellos—. Mira, no deberías hacer caso de esas calumnias.

—Y tú no deberías provocar a nadie, actuando de esa forma que sólo incita rumores, ni animar a ese hombre a escribir más comentarios acerca de ti.

—No te preocupes, cuando haya acabado con él, no le quedarán más ganas de meterse ni conmigo ni con mis amigos —bufó Ian. Cuando Jordan enarcó una ceja, Ian añadió—: Tranquilo, sólo quiero hablar con ese tipo. Estoy seguro de que lograré convencerlo con algún chantaje o con alguna manipulación o amenaza, especialmente a un sujeto tan cobarde como él, que necesita ocultarse detrás de un pseudónimo.

Jordan se relajó un poco.

—¿Y cómo piensas dar con él?

—Si uno sabe cómo buscar, puede encontrar a cualquier persona en este mundo. —Ian se levantó y miró tranquilamente a su amigo—. Primero hablaré con su jefe, el editor de *The Evening Gazette*.

—¿John Pilkington? No te proporcionaré ninguna información. Le encanta ese juego de ocultar la identidad de su corresponsal más popular.

Quizá era cierto, pero incluso John Pilkington tenía sus puntos débiles. Ian era un maestro a la hora de usar las debilidades de un hombre con el fin de descubrir lo que quería.

—Entonces será mejor que me ponga a trabajar ahora mismo, ¿no te parece? —concluyó, girándose rápidamente hacia la puerta.

—Te veré la semana que viene, en el baile que ha organizado Sara para inaugurar su nueva casa en el campo, ¿no? Emily tiene muchas ganas de ir, aunque no nos quedaremos a dormir. A Emily no le gusta ausentarse demasiado tiempo de casa, ahora que está tan ocupada con nuestro hijo recién nacido, pero nos pasaremos por allí un rato para disfrutar de la velada. Y a ver cuándo te acercas por casa a ver al bebé.

—Nos veremos en la fiesta. Prometí llevar a Katherine y a sus padres en mi carruaje.

Katherine. Quién sabía cómo iba a reaccionar ante ese chisme; le dolía que ella pudiera considerarlo tan vil como para mariposear con otras mujeres mientras la cortejaba.

Bueno, lo que estaba claro era que Lord X no se atrevería a mencionar Waltham Street en ninguna de sus columnas otra vez, Ian se aseguraría de ello. Primero avisaría a la señorita Greenaway para que se pusiera en guardia ante preguntas insidiosas y luego acabaría con ese tal Lord X. Ese tipo se lamentaría del día en que decidió no centrarse únicamente en la actitud escandalosa de Bentley.